



La Ilustración de la Infancia



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR

D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

TICIANO VECELLI.

Nació este célebre pintor veneciano en Cambray, en 1477, y fué discípulo de Bellini y Giorgione; pero bien pronto logró colocarse á mayor altura que sus maestros, y recibió del Senado de Venecia el título de *primer pintor*. Por todas las ciudades que despues recorrió fué justamente admirado su mérito, y los soberanos empleaban todos sus esfuerzos para que fijara su residencia en su corte: Leon X, el Pontífice, quiso que viviera en Roma; Francisco I intentó llevarle á Francia; pero la preferida



fué España, pues el gran pintor dedicó su talento al Emperador Carlos V, que le colmó de dones y honores, y desde 1545 á 1556 ejecutó para él una gran cantidad de magníficos cuadros. Mucho trabajó tambien para el Rey Felipe II, con la particularidad de que á la sazón que este Rey subia al trono contaba ya el gran artista 80 años de edad. Murió en Venecia á los 99 en el de 1576. Ticiano fué sin duda alguna el primer *colorista*, y de tal manera el estudio del color se despertó en sus aficiones desde la edad más temprana, que se refiere de él

Ticiano Vecelli.

que en la infancia, en que es lo general dibujar con lápiz ó carbon cualquier figura, Ticiano buscaba ya las flores cuyo zumo era de color, y con ellas *pintaba* en las paredes. No queremos terminar estos ligerísimos apuntes sin referir una anécdota que á su maestro Giorgione, de quien hemos hecho mencion, se atribuye por eminentes biógrafos.

Discípulos ambos de Bellini, y amigos inseparables, paseábanse del brazo por las calles de Venecia Ticiano y Giorgione, y encontraron tres jóvenes escultores conocidos; comenzaron á hablar, y bien pronto recayó la conversacion sobre un *caballo de bronce*, de Andrés Verrochio, que era la novedad del día. Despues de manifestar cada cual su opinion más ó ménos favorable, se empezó á discutir sobre la importancia mayor de la escultura ó la pintura.

—¡La escultura! gritaron á una voz los tres jóvenes recién llegados.

—¿Por qué? repuso Giorgione.

—Porque es más difícil, dijo el primero.

—Porque es más duradera, añadió el segundo.

—Y un arte más completo, concluyó el tercero.

—¡Razones, amigos míos! exclamó Ticiano. ¿Por qué es más difícil?

—Porque un pincel puede manejarlo hasta una mujer, mientras que tallar la piedra, cortar el bronce ó cincelar el mármol, necesita la mano de un hombre.

—¿Por qué es más duradera?

—Porque el lienzo se rompe, los muros se agrietan, la madera se carcome, mientras el mármol y el bronce desafían el tiempo.

—¿Por qué es más completa?

—Porque los pintores no presentais más que un lado visible de las figuras, y los escultores mostramos todos los lados de la estatua.

—Pues bien, en cuanto á lo primero, contestó Giorgione, es un absurdo hablar de dificultad por cuestion de fuerza en asuntos en que el talento y la habilidad predominan; en cuanto á lo segundo, segun vuestra ridicula teoría, valdrá más cualquier objeto grosero que una poesía ó que la música, porque la palabra y el sonido duren muy poco; y en cuanto á lo tercero, que parece ser vuestro mayor y más poderoso argu-

mento, os responderé que puedo pintar una figura en un cuadro, á la que veais de un solo golpe de vista y sin moveros ni dar vuelta al cuadro, de frente, de espalda y de dos maneras de perfil.

—Eso sería un milagro.

—Apostemos.

—Apostemos. Una suma se pactó en seguida para el vencedor, separándose los escultores de los pintores riéndose de aquella pretension, segun ellos, imposible, y á los cuatro dias se reunieron para juzgar la obra.

La apuesta fué ganada por los pintores, pues con gran travesura de ingenio pintaron admirablemente un guerrero de espalda, que se miraba en una fuente, en cuyas aguas se retrataba de frente, á un lado habia un espejo que le copiaba de perfil, y al otro la armadura, en cuyo bruñido acero se reproducia el perfil opuesto.

HISTORIA SAGRADA.

JOSE, HIJO DE JACOB.

I

¿Qué leccion más agradable y provechosa podria presentaros, amados lectores, la primera vez que tengo la honra de dirigirme á vosotros, desde las columnas de este ilustrado semanario, que la que nos ofrece la historia del célebre hijo de Jacob? En efecto, podreis admirar en ella todas las virtudes que pueden adornar al más esclarecido varon: el amor filial, el amor fraternal, la caridad, el perdón de las injurias, la provisión y prudencia, y la caridad sobre todo, fueron las que más enaltecieron al que por ellas llegó á ser primer ministro del Rey Sargón.

Tuvole Jacob de una de sus dos mujeres, de la hermosa Raquel, fue el penúltimo de los doce hijos que más tarde dieron nombre á las tribus que llegaron á formar un poderoso reino bajo el cetro de David y el de Salomón.

mon, su hijo. Sendo muy niño todavía, era ya nuestro José el encanto y la delicia de sus padres, pues á todas las gracias naturales añadía un carácter amable y suma modestia. Jacob le habia tenido en su vejez, le amaba en extremo, y se complacía en distinguirlo de los demás hermanos, ya con sencillos hijos de su sinceridad, ya con más vistosos trajes que la primera vista daban idea cierta del profundo amor paternal. Verdad es que José era acreedor á ello; pero sus merecimientos y su virtud no impidieron más tarde que el hijo distinguido de Jacob fuese víctima de la feroz envidia alimentada en el seno de su familia. Sus diez hermanos mayores no podían ver con indiferencia las distinciones de que por parte de Jacob era objeto el simpático e inocente José. El odio, cual una mala hierba, fue echando en sus corazones profundos raíces, contribuyendo á vigorizarlos los frecuentes sueños de su enojoso hermanito, los cuales en cierta manera ratificaban la supremacía que algun día habia de ejercer sobre sus hermanos. Una vez soñó que se encontraba con ellos, atando haces de trigo, y que los de sus hermanos se inclinaban al suyo como reconociéndole superior á ellos. Otra vez soñó que se le postraban y le adoraban el sol, la luna y once estrellas, lo cual viene muy bien con su padre, su madre, y sus once hermanos, á lo que simbolizaba el misterioso sueño. Fácil es deducir que el odio de sus hermanos iba tomando deomedidas creces, llegando á su apogeo cuando José refirió inocentemente á Jacob una mala acción ejecutada por sus hermanos. Ya, pues, la envidia de los hermanos de José se convirtió primeramente en odio, y ahora va á transformarse en un atroz deseo de venganza. ¡Envidia cruel, hija de Satanás, no contenta con ser madre de la mayor parte de los vicios de los hombres, ahogas perfidamente

entre tus manos el sagrado sacramento! ¡Tú eres causa de que el hombre, olvidando los sagrados deberes que su Criador le impune, troque á cada momento sus virtudes y su dignidad por los más feroces instintos! Tú has sido, hija del orgullo, la que has hecho perder al hombre la gracia y le has sometido á la muerte!

Los hermanos de José no perdonaron ya medio alguno para que su inocente hermanito sufriera su venganza. Estando cierto día en el campo solos vieronle venir, y se dijeron: "allí viene nuestro sonador; matémosle, y arrojémosle después en esta cisterna vieja." Llega el virtuoso niño, y hubiera sido víctima del odio feroz de sus hermanos, á no oponerse el mayor de ellos, Rubén, que permitió únicamente arrojar á José á la cisterna. Mas luego llegaron en aquel sitio unos mercaderes ismaelitas que se encaminaban á Egipto y Judo; uno de los hermanos, considerado más oportuno y conveniente venderle como esclavo, y así su crimen no sería tan atroz, y quedaría más oculto á su padre. Sabiendo de la cisterna, y mediante la cantidad convenida de veinte monedas de plata, le entregan á los mercaderes, y desaparece de su vista hecho un mar de lágrimas. ¡Pobre Jacob! ¡Tu hijo José ha desaparecido! Sus hermanos te presentan su túnica de vistosos colores teñida en sangre de un cabrito, diciéndote que una fiera ha devorado á tu amado hijo José! Mas no desmayes: la Providencia vela por los inocentes: algun día le contemplarás en triunfal carroza, con numerosa servidumbre, como gobernador de Egipto.

ANTONIO SAN VICENTE FERRER
(Se continuará.)

Cuentos Morales Alemanes.

EL NIÑO MENDIGO.

Continuación (1).

Juana sentía la desdicha de su posición; pero no tenía bastante ánimo, no estaba dispuesta para instruirse ni para mendigar. Cuando veía á otros niños jugar en la calle, se paraba, mirándolos de lejos con los ojos bañados en llanto. En la escuela la regañaban cuando no aprendía; en su casa la reñían también cuando no mendigaba; el día era para ella un martirio continuado.

Elisa tenía los ojos en tan mal estado que tenía que llevar siempre una venda, por debajo de la cual veía apenas lo bastante para



Elisa.

no tropezar contra las paredes y no ser atropellada por los coches y las caballerías. El pobre Periquito, que este era el nombre del niño que estaba en la cuna, se desmejoraba lentamente y daba compasión verle. Rosita, que era su *niñera*, no estaba enferma, pero era grande su desnudez, y para ella como para sus hermanos era bien sensible la falta de una madre.

Enrique era únicamente el que estaba

bien, y ágil y contento; á pesar de la triste vida que como los demás pasaba, tenía afición al estudio, leía, escribía y contaba bastante bien, y en la escuela era el primero. Este niño, sumamente desarrollado física y moralmente, hubiera podido, aun á su edad, contribuir con su trabajo á mejorar la situación de sus hermanos; pero nadie había llamado su atención sobre el particular, y ni él mismo sospechaba que pudiera ser capaz de consolar la miseria de su casa. Experimentaba cierta vergüenza al ir á pedir limosna; pero sin darse cuenta de la causa que le inspiraba este sentimiento, una voz interior, la voz de Dios, le decía: «Es un pecado pedir limosna cuando se tiene salud y edad para trabajar.» Todas las tardes su padre le pedía el dinero recogido, y era preciso pedir para no ser castigado.

Un día llegó á la puerta de una cocina en el momento en que la criada quitaba del fuego una olla de patatas, y al ver al muchacho le echó cinco ó seis en la gorra. El regalo era magnífico; Enrique cerró bien su gorra, se la colocó contra el pecho para que no se enfriasen las patatas, y se fué corriendo á su casa.

La pobre Rosa estaba sentada en la estera tiritando de frío, mientras intentaba poner un remiendo á sus harapos. Enrique la puso en cada mano una patata. Tal gozo la causó aquel dulce y penetrante calor, que dió un grito de alegría, y aunque tenía mucho hambre, se abstuvo un ratito de comerlas por tenerlas en las manos.

Enrique se acercó á la cuna de su hermanito, y al verle sonrieron sus descoloridos labios, al par que le tendía los delgados bracitos.

Contempló Enrique con tristeza el niño, á quien quería muchísimo; le cogió las manitas, y se las calentó con su aliento, y desmenuzando una patata se la fué dando á



(1) Véase la pág. 13.

pedacitos, y á medida que los tragaba abría la boca como un pajarito pidiendo más.

—Enrique, dijo la pequeñuela que estaba sentada en la estera, traéme todos los días patatas muy calentitas.

—Ya las traería si me las diesen, respondió el muchacho; pero cuando pido no me dan más que pan ú ochavos. Pero ¿sabes una cosa?... he recogido cinco ochavos, y voy á la plaza á comprarte patatas... Sí, pero ¿cómo las vamos á cocer? ¡Ah! ya sé; las llevaré á casa de la tía Catalina; esa viejecita siempre tiene astillas y enciende lumbre.

El niño partió como un cohete, y en vez de tomar su camino ordinario para mendigar se dirigió al mercado para comprar las patatas. No le dieron muchas por sus cinco ochavos, porque la cosecha había sido mala y estaban caras. Recogiendo su compra entró en una casa cercana, y corrió al cuarto de la tía Catalina. Era esta una pobre anciana, que andaba siempre por las obras y sitios donde serraban madera, y recogía astillas, y accedió á la petición de Enrique prestándole su olla para cocer las patatas.

¡Qué placer para el pobre Enrique! De pie estaba ante la chimenea, en una gozosa espera, con los ojos fijos en el agua que cu-



bria aquellos tubérculos grises. Fué preciso un gran rato para que empezase á hervir el agua; tranquila siempre estaba su superfi-

cie, y el niño, casi conteniendo la respiración, no separaba de ella los ojos: un carbon cayó en la olla, y produjo un estremecimiento; Enrique le sacó con un pedazo de madera, y le llevó á su boca á ver si había tomado ya algún sabor de... patata.

(Se continuará.)

C. L. DE C.

CORONA DE LA INFANCIA.

Continuación (1).

—Eso es: y para habituarnos á esta dulce costumbre quiere que todos los días le digamos «El pan nuestro,» pues al decir esta palabra, debemos pensar que se encierra en ella todo cuanto hemos menester, para la salvación de nuestra alma, para la vida de nuestro cuerpo, y para la paz de nuestro espíritu.

—¿Y por qué sólo decimos de cada día, mamá? ¿no fuera mejor pedir para mucho tiempo?

—La vida es muy incierta, Luisa mía; el Señor nos lo enseña en estas palabras, ¿á qué pedir para mañana, si tal vez mañana ya no existiremos? Además, Dios quiere que no le olvidemos; y pidiendo sólo para hoy, como mañana experimentaremos la misma necesidad, tendremos que venir también á sus pies, para orar y para pedir. Sigue, hija mía.

—Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores...

—Cuando digas esas hermosas palabras, hija de mi alma, arroja de tu inocente corazón todo sentimiento de rencor ó enojo para los que te hayan ofendido, perdona á los que te hubieren causado algún mal, á las compañeras, que en los juegos no cedieron á tus deseos; á los criados que vinieron á contarme lo que hiciste malo, á todos aquellos de quienes tengas queja ó resentimiento: ya sabes que Dios no te perdonará á tí si esto no haces.

—¿Y por eso dice *perdónanos como nosotros perdonamos*?

—Compréndelo bien; en el corazón de todo un Dios, habrá para tí los mismos sentimientos que tú abrigues para los demás; eso es lo que Él te ofrece, y eso es lo que tú pides.

—Sí; ya lo entiendo.

—Así, pues, hija mía, si rezas todos los días, y si dices con verdad las palabras de tu oración, jamás se manchará tu alma con un movimiento de odio ó un deseo de venganza, siendo todo en ella caridad, amor y mansedumbre; esos sentimientos tan bellos que nos hacen iguales á los ángeles. Concluye ya.

(1) Véase la pág. 15.

—Mas libranos del mal, amen. ¿De qué le pido á Dios que me libre en esto?

—De todo cuanto pueda alejarte de Él, y causarte daño en este mundo; y si se lo ruegas con fé, lo hará, hija mia, lo hará, puesto que sólo anhela nuestro bien. Ahora ofrécame que todos los días recordarás cuanto acabo de explicarte. Para conseguirlo, al ir á empezar tus devociones, di siempre «voy á hablar con Dios;» entonces se presentarán á tu memoria los pensamientos que te he esplanado; y ellas mismas una á una al repetir las palabras del rezo te irán recordando las mías.

Fija, para hacerlo mejor, tus ojitos en una imagen del Señor, mientras dices tus devociones, como ahora los fijas en mí, y la mirada de Dios que penetrará en tu alma, no lo dudes, leerá los pensamientos que te inspiran estos recuerdos.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

LAS MADRES.

Conclusion (1)

IV.

—Anoche los señoritos debieron correrla bien, que cuando se recogieron eran cerca de las tres.

—¿Estás en tu juicio, Anton!

Si yo misma les eche la llave para que entraran y eran... serían las diez.

—Mujer, si yo los senti, y estuve para coger una tranca...

—Vamos, vamos, tu estabas soñando.

—¡Eso es! Mire V. que es mucho cuento, que le han de querer hacer á uno comulgar con ruedas de molino. ¡Ya se vé.

su madre lo tapa todo, y los chicos hacen bien!

—¿Y no les diste dinero para la bromita?

—¡Pues!

—Mujer, si yo te senti abrir el cofre y coger dinero cuando se fueron...

—Si, se lo di; pero, ¿y qué? quiero que siempre mis chicos donde vayan, queden bien.

—Válgate Dios.

—Anton, mira, por más vueltas que le des, ellos han de ser mis hijos y yo su madre he de ser.

V.

—¿Qué tienes, hija, estás mala? Hace ya cerca de un mes que no duermes, que no comes,

que reir no te se vé,

que te quedas en los huesos...

¿Qué tienes? Vamos á ver.

¿Quieres que se llame al médico?

—No, Anton, porque inútil es.

—Pero no sabes qué tienes.

—¡Demasiado, Anton, lo sé!

¡Los hijos de mis entrañas van á ir á servir al rey!

—Tonta, ¿y por eso te afliges?

Mira, para conocer

el mundo, no hay mejor cosa

que andar siete años por él.

Todos los hombres debieran

esos estudios hacer.

—Anton, vosotros los padres

así pensareis tal vez;

pero las madres pensamos

que es el dolor más cruel

ver á los hijos del alma

por esos mundos correr,

muerdos de cansancio un día,

y otro muerdos de hambre y sed.

—¡Es verdad que hay algo de eso!

Pero, hija, ¿qué hemos de hacer

si caen soldados los chicos?

—Anton, ¿y preguntas qué?

¡Hasta los últimos clavos

para librarlos vender;

y si eso no basta, yo

por esos mundos iré

pidiendo de puerta en puerta

para que á servir al rey

no vayan los pobres hijos

que con tanto afán crié!

—Alegando algún achaque

se podrán librar tal vez.

—Eso sería mentir,

y dos veces ofender

al Dios que los ha criado

más hermosos que un clavel.

—Pues venderemos las tierras

ya que te empeñas, mujer.

—¡Gracias, Anton de mi alma,

que Dios te bendiga amen!

Para las madres, la gloria

es siempre á sus hijos ver...

¡Ah! si Dios nos da dolores,

¡consuelos nos da tambien!

VI.

—Ayer tu santo bendito

y nadie te vino á ver...

¿Qué ingratos hijos, qué ingratos!

—¡Anton, por la Virgen, ten

paciencia!...

—¡Paciencia! Mucha

necesitamos tener.

Mira el pago que nos dan

esos picaros, después

de haberles sacrificado

el pan de nuestra vejez!

¡La soledad y el olvido!

—Pero, hombre de Dios, ¿no ves

que tienen familia ya

los pobres á qué atender?

—¡Y se olvidan de sus padres!

—No hay tal...

—Bien claro se ve:

se casaron, y no han vuelto

á poner aquí los pies!

—No habrán podido los pobres...

—¡No los defiendas, mujer!

(1) Véase la pág. 16.

—Son mis hijos.
 —Ese nombre
 yo á darles no volveré
 sino para maldecirlos.
 —¡Qué corazon tan cruel!
 —¡Malhayan amen mis hijos!
 —¡Benditos sean amen!!

ANTONIO DE TRUEBA.

CONOCIMIENTOS ÚTILES.

El teléfono.

Un nuevo descubrimiento atrae la universal atencion en estos modernos tiempos, tan fecundos en inventos peregrinos todos, útiles algunos.

Hablamos del hilo telegráfico que desdénia servir al mecanismo que trasmite la palabra escrita, para trasmitirla tal y como sale de los labios humanos.

En efecto, un sencillísimo aparato obra este verdadero prodigio: consiste aquel en dos especies de membranas puestas en tension, y en el centro de cada una se ve una pieza pequeña de hierro dulce, de la cual procede el alambre que va á terminar en la opuesta membrana.

El que quiere ó necesita hablar aplica los labios á una de las membranas y pronuncia en voz sumisa las palabras que desee transmitir, las cuales llegan con ciega obediencia á la otra membrana, en cuyo punto céntrico tiene aplicado el oído la persona á quien el telégrama es dirigido.

Le oye tan clara y distintamente como si al oído se lo digesen; y colocando los labios en el punto en que tuvo el oído, responde lo que tiene por conveniente.

No hay para qué decir que á la expresada sencilla operacion precede el aviso por medio de la campanilla, y si la pregunta y la respuesta no es cuestion de pocos segundos, consistirá únicamente en el tiempo que se tarde en encontrar la persona que ha de escuchar el telégrama.

Existe ya otra máquina más perfeccionada, que consiste tambien en dos discos ó membranas de piel, cada uno de los cuales es uno de los lados de una caja de metal, viniendo á presentar la totalidad la forma de un timbal.

En una de las superficies laterales se vé un orificio pequeño, que da paso á un tubo que remata en una especie de boquilla situada al exterior, que es, precisamente, la que sirve de *porta voz*.

En la parte interior, hay una casi diminuta lámina de metal adherida á la membrana ó disco, que está en contacto con el hilo telegráfico, por el cual son trasmitidas las palabras hasta el disco opuesto.

El autor de este notable invento es un aldeano, de un talento tan natural como prodigioso. Es de nacimiento inglés, jóven to-

davía, y ha tomado carta de naturaleza en los Estados-Unidos. Por esto el descubrimiento apareció entre los norte-americanos.

Sin que tratemos de rebajar en un ápice la importancia de este invento, creemos, empero, que habrán de pasar largos años y sufrir aquel muchas y muy diversas modificaciones antes que pueda reemplazar al que hoy existe, maravillosísimo tambien; y decimos esto, porque hoy por hoy, solo puede el *Teléfono* servir para distancias cortas; mas no por eso creemos que sea imposible, ni mucho menos, el lograr que reemplace al actual.

SECCION DE LABORES

DIBUJOS PARA BORDADOS

INDICACION DE LA LÁMINA DE LA PÁG. 24.

- Núm. 1.—Enlace de letras, bordado al pasado, para ropa blanca.
 Núm. 2.—Continuacion del alfabeto que empezó en la pág. 8.
 Núm. 3.—Cifra para ropa blanca, bordado al pasado, y punto de armas.
 Núm. 4.—Continuacion del alfabeto de fantasía que empezó en la pág. 8.
 Núm. 5.—Flor de lis bordada en blanco.
 Núm. 6.—Cruz de Santiago bordada á litografía.
 Núm. 7.—Escudo con enlace de cifras para pañuelo.
 Núm. 8.—Otro enlace al pasado y litografía.
 Núm. 9.—Pequeño modelo de bordado á litografía.
 Letras góticas pequeñas para marcas.

CHARADAS

1.^a

Mi *prima* y *dos* en el fuego,
 mi *tres* y *cuatro* en el agua,
 y en un incendio mi *todo*.
 Ya sólo falta acertarla.

2.^a

Primera y *tres* gran pintor,
segunda y *primera* brilla,
 y mi *todo* sin moverse
 va de Madrid á Galicia.

(Las soluciones en el próximo número.)

Solucion de la charada primera del número 50:

CÓMICO.

De la segunda:

JAULA.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.



4



3



4



2



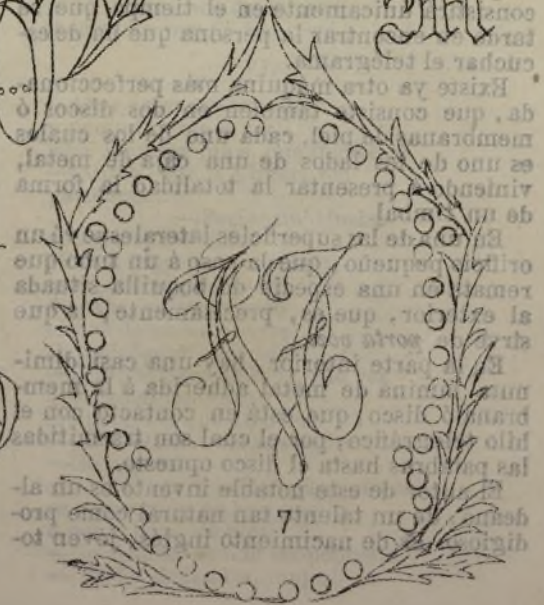
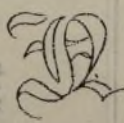
5



6



8



7